

A mi ver, Luis Hurtado no habla aquí como autor, sino como mero corrector de imprenta, que era al parecer su oficio en los años juveniles. En la primera octava elogia al autor como persona distinta, y dice de él que «se haze callado», es decir, que oculta ó disimula su nombre; lo cual no puede entenderse de Hurtado, que estampa el suyo con todas sus letras al principio de los versos. Los errores ó faltas por las cuales pide perdón son sin duda las erratas tipográficas. En el mismo sentido deben entenderse las octavas acrósticas que puso en el *Palmerín de Inglaterra* impreso en el mismo año y en la misma oficina, pues ni le pertenece la obra original, que es del portugués Francisco de Moraes, ni la traducción castellana, que reclama por suya el mercader de libros Miguel Ferrer (1). No faltó entre sus contemporáneos quien formulara contra Luis Hurtado acusaciones de plagio. Pedro de Cáceres y Espinosa, en su biografía de Gregorio Silvestre, acusa al poeta toledano de haberse apropiado el *Hospital de Amor* del licenciado Jiménez (2). En todas sus obras anda mezclado lo ajeno con lo propio, y no siempre pueden discernirse bien. Dotado de más estilo que inventiva, gustaba mucho de continuar y remendar obras ajenas, como hizo con las *Cortes de la Muerte* de Miguel de Carvajal y con la *Comedia Tibalda*, de Perálvarez de Ayllón. Pero ni siquiera esta parte de refundidor pudo tener en la *Policiana*, puesto que el texto de la segunda edición es idéntico al de la primera, que la antecedió en un año, cuando Luis Hurtado sólo contaba diez y ocho (3).

Creemos, por las razones expuestas, que el bachiller Sebastián Fernández fué único autor de la *Tragedia Policiana*, pero ninguna noticia podemos dar de su persona. El famoso libro de caballeros *D. Belianis de Grecia*, impreso precisamente en 1547, el mismo año que la *Policiana*, se dice «sacado de la lengua griega, en la cual le escribió el famoso sabio Friston, por un hijo del virtuoso varón Toribio Fernández»; pero siendo tan vulgar el patronímico, ninguna relación nos atrevemos á establecer entre ambas obras.

El autor de la *Tragedia Policiana* no aspiraba ciertamente al lauro de la originalidad. Desde el título mismo declara la estrecha dependencia en que su obra se halla respecto de la tragicomedia de Rojas, mediante la introducción de un personaje episódico en aquélla, que pasa á ser capital en la obra del bachiller Sebastián Fernández: «la diabólica vieja Claudina, madre de Pármeno y maestra de Celestina». La *Policiana* no se presenta, pues, como continuación, sino más bien como preámbulo de la *Celestina*; pero es lo cierto que la sigue al pie de la letra, con personajes idénticos, con la misma intriga y á veces con los mismos razonamientos y sentencias. Policiano y Philomena corresponden exactamente á Calisto y Melibea; Theophilon y Florinarda á Pleberio y Alisa; Solino y Silvanico á Sempronio y Pármeno; Parmenia á Areusa; Dorothea á Lucrecia, y á este tenor casi todos los restantes. Los rufianes son dos, Palermo y

(1) Vid. *Orígenes de la Novela*, tomo I, pág. 280.

(2) «El licenciado Jiménez hizo el *Hospital de Amor*, que imprimió por suyo Luis Hurtado» (*Discurso sobre la vida de Gregorio Silvestre*.)

Se refiere sin duda á «El hospital de galanes enamorados, con el remedio y cura para nueve enfermos que en él están», y á «El hospital de damas de amor heridas, donde son curadas otras nueve enfermas de amorosa pasión», insertos en las *Cortes de casto amor* de Luis Hurtado.

(3) Se deduce esta fecha de su poema de las *Trecientas*, acabado en 1582, donde declara haber cumplido cincuenta años.

Pizarro, uno y otro copias de Centurio, recargadas con presencia de la *Segunda Celestina*, de Feliciano de Silva, donde también se encuentra el germen de las escenas de hortelanos, que son una de las partes más curiosas de la *Tragedia Policiana*.

Según costumbre de los autores de este género de libros, el bachiller Fernández hace grandes protestas de la pureza de sus intenciones y de su «voluntad virtuosa».

«En el processo de mi escriptura no solamente he huydo toda palabra torpe, pero »avn he euitado las razones que puedan engendrar desonesta ymaginacion, porque ni »mi condicion jamas se agradó de colloquios suzios ni avn mi profession de tratos »dissolutos... E si algo pareciere que a los oydos del honesto e casto Lector haga »offensa, crea de mí que no lo digo con ánimo desonesto, sino porque el phrasis y decor »de la obra no se perverta».

No puede negarse que el *phrasis* y *decor* de la obra, entendidos por el autor con aquella especie de bárbaro realismo que entonces predominaba, le han llevado muchas veces, especialmente en los coloquios de rufianes y rameras, á una licencia de expresión desapacible para oídos modernos. Pero esta licencia es relativa, y de seguro menor que la que se encuentra en ninguna de las *Celestinas* anteriores. Las escenas de amor están tratadas con cierto recato y miramiento. Y aun en la parte lupanaria y bajamente cómica hay más grosería de palabras que deshonestidad de conceptos. La blasfemia y el sacrilegio ó desaparecen del todo ó están muy velados. Los reniegos y porvidas de Palermo y Pizarro son extravagancias inofensivas si se los compara con los de Galterio, Pandulfo y Brumandilón: «¡Por los huesos de Aphrodisia madre!», «Voto al pinar de Segovia», «Descreo del puerto de Jafa», «Reniego de las barbas de Barrabás», «Despecho del galeón del Rey de Francia», «Descreo del memorable Golías», «Juramento hago á las calendas de Grecia», «Pese á las barbas de Júpiter», «Descreo de Placida e Vitoriano», y otros no menos estrafalarios.

Fuera de algunas leves variantes que apuntaré después, la *Policiana* es la primitiva *Celestina* vuelta á escribir. Este servilismo de imitación la reduce á un lugar muy secundario, pero no la quita sus positivos méritos de rico lenguaje y fácil y elegante composición. Es la obra de un estudiante muy aprovechado, aunque incapaz de volar con alas propias. La contemplación de un gran modelo embarga su ánimo y no le deja libre para ningún género de invención personal. Se limita á calcar, pero no desfigura los tipos, y si la tragicomedia de Calisto se hubiese perdido, ésta sería de todas sus imitaciones la que nos diese una idea más fiel y aproximada de ella, aunque nunca pudiese sustituirla. Las obras de genio no se escriben dos veces, y su pesadumbre anada las frágiles construcciones que quieren levantarse á su sombra y remedan en pequeño su traza exterior.

Pero aun este género de reproducción tiene su mérito cuando es inteligente y no mecánica tan sólo. El autor de la *Policiana* comprendía lo que imitaba y se esfuerza por conseguir algo de la rica plasticidad, del franco y sabroso diálogo y aun de la intensa virtud poética del drama de Rojas. Un eco de la apasionada elocuencia y del rendimiento amoroso de Melibea resuena, aunque muy atenuado, en las palabras de Philomena: «Cauallero, ya no es razon que se dissimule y passe en secreto lo que mis apasionados desseos tan á la clara publican; porque si las tinieblas de la noche no impi- »dieran tu vista, en mis señales públicas conocieras mis congoxas secretas. Algunos »dias han passado despues que tus cartas e amorosos mensajes recibí, en que mis cap-

»tivas fuerças han rescebido muy rezios golpes e yo varonilmente contra ellos  
 »he peleado. Pero al fin, si como tengo el coraçon de carne le tuuiera de un rezio dia-  
 »mante, no dexara de caer de mi voluntad en la tuya: tal ha seydo el combate que en  
 »mi coraçon he sentido. Finalmente, estoy rendida a tu querer, porque eres quien en  
 »mis ojos más mereces de los nascidos. Ordena, Señor mio, como nuestros apassiona-  
 »dos desseos ayan aquel effecto que dessean, porque hasta esto ningun momento passa-  
 »rá que para mí no sean mil años de infernal tormento. Las fuertes reñas de estas ven-  
 »tanás impiden el remate de nuestros sabrosos amores. La mañana parece que comien-  
 »ça a embiar sus candidos resplandores por despicientes mensajeros de nuestro gozo.  
 »Toma, señor mio, la possession de mi voluntad, e della e de mí ordena de manera que  
 »mi passion se afloxe y la tuya se acabe, e si te pareciere, para la noche venidera se  
 »quede el concierto por las cercas de esta nuestra huerta, por la parte donde el rio  
 »bate en ellas <sup>(1)</sup>, que es lugar más sin sospecha e donde yo estaré esperando tu venida  
 »no menos que mi desseada libertad» (Acto XX).

En las escenas del jardín, la musa lírica contribuye, como en Rojas, á idealizar el cuadro misterioso y poético de la entrevista nocturna. Es muy feliz, sobre todo, la evocación del romance viejo de *Fontefrida*, que canta el paje Silvanico, y al cual se alude en otro pasaje de la tragedia: «Veemos que entre los animales que de entendi-  
 »miento carecen, este amor matrimonial está esculpido, pues las tortolicas pasan su  
 »vida contentas con una sola compañía. E si aquélla muere, la que queda no beue  
 »más agua clara, ni se pone en ramo verde, ni canta ni haze señal de alegría, señalan-  
 »do la cuitadica quán dura cosa es perder su dulce compañía» (Acto XI).

Poco hay que advertir en cuanto á los caracteres. Claudina no merece el título de maestra, sino de humilde discípula de Celestina. Tiene un grado más de perversidad, puesto que hace infame tráfico con su propia hija Parmenia, y parece más rica, puesto que alardea de sus «sábanas randadas», de sus «mantiles de Alemania», de sus «tapices de Flandes». En las artes diabólicas es fiel trasunto de su amiga. Tiene como ella un demonio familiar á quien invoca con horrendos conjuros y pavorosos sacrificios:  
 »Ora, hijo Siluano, es menester que me traygas, para hazer vn conjuro, una gallina  
 »prieta de color de cueruo, e vn pedaço de la pierna de un puerco blanco, e tres cabe-  
 »llos suyos cortados martes de mañana antes que el sol salga, e la primera vez que  
 »cabe ella te veas, despues que los cabellos la ayas quitado, pondras tu pie derecho  
 »sobre su pie izquierdo, e con tu mano derecha la toca la parte del coraçon, e miran-  
 »la en hito sin menear las pestañas la diras muy passo estas palabras: Con dos que te  
 »miro con cinco te escanto, la sangre te beuo y el coraçon te parto <sup>(2)</sup>. E echo esto, pier-  
 »de cuydado, que luego verás marauillas» (Acto XVI).

(1) La acción de la *Policiana* pasa en Toledo, según todos los indicios.

(2) Sobre esta invocación de la perversa bruja me comunica mi querido amigo el admirable escritor D. Francisco Rodríguez Marín las curiosísimas noticias que van á leerse, y que son pequeña muestra de lo mucho que ha descubierto su tenaz investigación en el campo de las supersticiones populares.

«La fórmula de conjuro:

Con dos que te miro...

que Sebastián Fernández insertó en el acto XVI de la *Tragedia Policiana*, parece tomada, más bien que de la tradición oral inmediatamente, de una de las *Epistolas familiares* de Fr. Antonio de Gue

Hay un personaje de la tragicomedia antigua que está presentado con cierta novedad en la *Policiana*. Es Theophilón, el padre de Philomena. No se duerme en la ciega confianza de Pleberio, sino que se muestra desde el principio receloso guardador de la honra de su casa, y muy sobre aviso de los peligros que puede correr la virtud de su hija: «Hija mía, lumbré de mis ojos, báculo de mi cansada vejez, más noble es preser-  
 »var al hombre para que no cayga que ayudarle a levantar despues de caydo. No per-  
 »mita Dios, hija de mi coraçon, que en tus costumbres yo aya conocido alguna falta  
 »que de castigo sea digna, pero no te deue dar pena si yo como padre y viejo y experto  
 »en los trabajos que el tiempo cada día descubre, te dé auiso como sepas defenderte  
 »de ellos, sin lesion del ánima y de la fama que tus pasados cobraron» (Acto X).

El sentimiento del honor, que es el alma de tantas creaciones de nuestros poetas dramáticos del siglo XVII, tiene en Theophilón uno de sus primeros intérpretes. Sentencia suya es que «la mácula de las illustres doncellas todo un reino deja manchado de  
 »infamia» (Acto X).

vara, de la IV de la segunda parte de su colección, único lugar en donde encuentro tal fórmula con el que del verso primero y con el verbo *escantar* del segundo. Esta conjuro era comunísimo entre las hechiceras, y así, aparece citado con frecuencia en los procesos inquisitoriales, unas veces como fórmula completa y otras como fragmento de otras de mayor extensión.

»En la causa seguida en 1600 contra Alonso Berlanga (Archivo Histórico Nacional, Inquisición de Valencia, legajo 28, núm. 1), figura entre los papeles que se hallaron en la casa de su manceba, uno en que los versillos en cuestión se dirigen á la valeriana, como remate de un conjuro hecho á esta hierba:

Valeriana hermana,  
 Yo te conjuro con Dios y con Santâ María;  
 Valeriana,  
 Yo te conjuro con la luz del alba;  
 Valeriana,  
 Yo te conjuro con la claridat del dia;  
 Con el libro misal  
 Y con el cirio pasenal...

»Y termina de esta manera:

Con tres te miro (*sic*),  
 Con cinco te ato,  
 Con sangre de leon tu vertut te pido,  
 Qué seas en mi favor de contino.

»Esta última parte de la fórmula se empleaba no sólo para hacerse querer, sino también; y cerca andaba lo uno de lo otro, para hacer mansos y sufridos á los hombres. Así, entre los cargos que se enumeran en la sentencia contra Isabel Bautista, año de 1638 (Inquisición de Toledo, legajo 82, núm. 28), figura el siguiente: «Y enseñó está oración á dichas personas, que quando viniese su marido ó su galán, dixesen:

Con dos te miro,  
 Con tres te tiro,  
 Con cinco te arrebató,  
 Calla, bobo, que te ato.

»Y dándose una puñada en la rodilla, dixesen:

Tan humilde vengas á mí  
 Como la suela de mi çapato,

nial y festivo. Pero con más razón que otras pudo llamarse *comedia*, porque es más dramática que ninguna de las *Celestinas*, á excepción de la primitiva, y precisamente en serlo se cifra su mayor mérito y su relativa novedad. Alonso de Villegas imaginó una fábula propia del teatro, la dió ingenioso principio é inopinado desenlace, la exornó con agradables peripecias y en desarrollar su plan se mostró más hábil que sus contemporáneos Sepúlveda, Lope de Rueda, Timoneda y los demás autores de comedias en prosa influídas por el arte italiano. Puede decirse que adivinó mejor que ninguno de ellos lo que había de ser la futura comedia de capa y espada. La *Selvagia*, que es una de las *Celestinas* más breves, pues consta sólo de cinco actos, divididos en corto número de escenas, hubiera podido sin gran esfuerzo reducirse al marco teatral, y su autor la creía representable, como se infiere de las últimas palabras que pronuncia el enano Risedeño: «Yo, Risedeño, hombre de bien aunque chiquillo de cuerpo, amigo de todos aquellos que mi bien desean y mi provecho procuran, pidiendo por las faltas cometidas el debido perdón, acabo de representar la comedia llamada *Selvagia*» (página 291).

El argumento de la comedia dice de esta suerte:

«Un caballero llamado Flerinardo, generoso y de abundante patrimonio, vino de la Nueva España en esta ciudad, donde un día por ella ruando, como acaso pasase por casa de un caballero anciano llamado Polibio, de una fenestra della vido una hermosa doncella, de la qual excesivamente fué enamorado. Pues como le fue dicho el tal Polibio tener una muy apuesta hija, cuyo nombre era Isabela, y la tal fenestra fuese de su aposento, creyendo ser la misma Isabela la que visto había, por caballero de su amor se intitulaba. Donde, dando parte a un gran amigo suyo, caballero de ilustre prosapia, llamado Selvago, de su crecida pena, sucedió que el mesmo Selvago, teniendo deseo de ver quién á su amigo tan sujeto y captivo le tenía, cumpliendo un día su propósito y viéndola, no pudiendo su libertad someter á lo que á la verdadera amistad de Flerinardo debía, grandes culpas y mortales deseos á su causa padecese, tanto que fue puesto en grave enfermedad. Pues viniendo su gran amigo Flerinardo en presencia de su hermana Rosiana llamada, á visitarle, conoció que la tal Rosiana era la que en la fenestra de Polibio había visto, y no Isabela, como se pensaba, porque acaso, como hubiese amistad entre las dos doncellas, aquel día se habían juntas recreado; lo cual como á Selvago fuese dicho, con excesivo placer, porque abiertamente osaria amar á Isabela, de su tan grave enfermedad fue sano, donde poniendo en el negocio una vieja astuta, cuyo nombre era Dolosina, cumplieron enteramente sus deseos, siendo primero desposados por palabras de futuro, lo que de á poco, con licencia de sus padres, se puso por obra, pasando lo mesmo de Flerinardo con Rosiana. Pues estando el día que las bodas se solenizaban con gran regocijo, vino un maestro de la Nueva España, que había sido de Flerinardo, el cual declaró cómo el mesmo Flerinardo era hijo único de Polibio, padre también de Isabela, que de chico, con un tío suyo, en aquellas tierras se había partido; con las quales nuevas todos muy gozosos, quedando dos hermanos con dos hermanas juntos en matrimonio, se dará fin á la comedia».

Tenemos aquí, como se ve, los principales incidentes de una comedia de amor é intriga del siglo XVII, que si por la crudeza de algún detalle no cuadraría bien á la severa musa de Calderón, pudiera figurar sin violencia en el repertorio de Tirso de

Molina, donde abundan los desposorios clandestinos y los matrimonios consumados entre bastidores. Dos parejas enamoradas, confusión de una dama con otras, galantes coloquios por la ventana, historias novelescas de hijos perdidos y encontrados, intervención de personas que han estado en el Nuevo Mundo. La combinación de estos recursos con los que ofrecía la tradición celestinesca remoja un tanto el viejo y ya gastado tema. El reconocimiento ó *anagnorisis* final procede del teatro de Plauto ó de las comedias italianas del Renacimiento.

No puede negarse, sin embargo, que la mayor parte de las escenas de la *Selvagia* son copia diestra y bien entendida, pero copia al fin, de la tragicomedia de Calisto. En los caracteres es poco lo que se añade ó modifica, salvo la duplicación del caballero y de la dama y la aparición de dos figuras secundarias trazadas con bastante acierto, Valera, el ama de leche de Isabela, y el enano Risedeño.

El ama Valera, que se parece poco á la nodriza de Julieta, salvo en su locuacidad impertinente, es una embaucadora que explota á la enamorada doncella, sacándola muchas y ricas joyas so pretexto de un fingido conjuro. Pero su papel es muy secundario al lado de la famosa hechicera Dolosina, hija de Parmenia y nieta de Claudina, por donde esta pieza viene á enlazarse con la *Policiana*. Para dar alguna novedad á este tipo obligado, el autor, que relata su historia por boca del rufián Escalión, la hace viajar por diversas partes y regiones «hasta que teniendo su asiento en Milán, la buena vieja (Parmenia) dió fin á sus días, quedando la hija huérfana y en extraña tierra, aunque no por eso perdió la realeza de su ánimo, que con lo que al presente de hacienda tenía, dió consigo en París, abriendo su tienda y mostrando sus mercaderías á la Corte francesa. Tomando, pues, allí conocimiento con cierto nigromántico, su arte muy por entero la enseñó, saliendo en él tan famosa maestra quanto el delicado entendimiento de una mujer es bastante. No contenta mucho con tal nacion, en España pretende tornar, y visitando las principales ciudades della, aquí en su propia tierra fué tornada; donde habiendo salido muy niña y hermosa, vieja y disforme volvió. Fué, pues, desde poco aquí casada con un fanfarron llamado Hetorino, mi amigo especial, con quien agora bien contenta y gozosa vive. Tienen allí cerca el rio una casa con dos puertas y dos moradas, donde él enseña á esgrimir algunos gentiles-hombres en la una, y ella á labrar mozas en la otra, ordenándose, entre las dos casas de discípulos, no pocos (antes muchos y muy grandes) malos recaudos entre día. Es asimesmo la vieja la más sutil y taimada alcahueta hechicera que en nuestros tiempos, ni aun creo que en los pasados, se hallará; pero no sólo con sus palabras y conjuros ablanda los muy duros corazones, mas aun con su meneo y visaje os hace venir las manos atadas á conceder en su propósito y voluntad. Muchas veces, como su marido me ha dicho, con el arte de nigromancia que aprendió, delante dellos se torna invisible, y desde algun tiempo da señas verdaderas de lo que pasa en muy diversas tierras; tiene también poder de convertirse en animales y aves, con que no sólo hace sus hechos, mas aun se defiende de quien su mal procura, porque, como dicen, ó *demo* á los suyos quiere. Es fama que tiene muy gran tesoro, aunque el lugar está celado, mas por ello la insaciable hambre de la codicia nunca olvida, antes siempre, confesándose por pobre, por una moneda de plata hará, como dicen, ciribones (?). Tiene á la continua en su casa dos mozas de buen parecer para alivio de cuitados que sus aventuras buscan, que tan bien amaestradas la dueña honrada las tiene, aunque de pocos días,

formas villanescas, que creemos dignas de la atención del filólogo, como también el vocabulario agrícola que ellos y su amo Theophilón usan, y que habrá de confrontarse con el de Gabriel Alfonso de Herrera y demás autores clásicos en esta materia. Reimpresión en el presente volumen la *Policiana*, que era punto menos que inaccesible, podrán hacerse sobre ella los estudios analíticos que cada uno de estos libros requiere, y que de ningún modo caben en el estrecho marco de una introducción.

Un solo año, el de 1554, vió aparecer dos nuevas *Celestinas*, una en Medina del Campo, otra en Toledo. Titúlase la primera *Comedia Florinea*, y fué su autor el Bachiller Joan Rodríguez Florian, según declara la portada de algunos ejemplares, y la dedicatoria de todos, aunque suprimido el *Florián*: «El Bachiller Ioan Rodriguez ende-» reñando la comedia llamada Florinea a vn especial amigo suyo, confamiliar en el estudio, absente» (1). Tarea predilecta de bachilleres parecía la de componer *Celestinas*, sin duda por asemejarse á Fernando de Rojas en el empleo de sus vacaciones. Pero no bastaba el grado universitario para comunicarles la virtud poética de aquel bachiller primero y único, y fué Rodríguez Florián de los que méenos se acercaron al insuperable modelo. Su labor, toda de imitación y taracea, revela un talento muy adocenado y es de

(1) *Comedia llamada Florinea: que tracta de los amores del buen duque Floriano, con la linda y muy casta y generosa Belisea, nueuamente hecha: muy graciosa y sentida, y muy provechosa para auiso de muchos necios. Vista y examinada, y con licencia impressa.* (Escudo del impresor.) Vendese en Medina del Campo en casa de Adrian Ghemart, 1554. (Título en rojo y negro.)

(Al fin): *Acaba la comedia no ménos útil que graciosa y compendiosa: llamada Florinea nueuamente compuesta. Impressa en Medina del Campo en casa de Guillermo de Mills, tras la iglesia mayor. Año de 1554.*

4.º, 4 hs. pres sin foliar, y CLVI folios, let. gót.

El escudo del impresor Adrián Ghemart tiene la conocida divisa del halcón, con el mote *post tenebras spero lucem*, que algunos estrambóticos comentadores del *Quijote* han creído inventada por Cervantes para la primera edición de *El Ingenioso Hidalgo*, en 1605.

Hay algunos ejemplares que difieren de los restantes en llevar impresas con tinta negra, después de la palabra *necios*, estas otras: *Compuesta por el bachiller Ioan Rodriguez Florian*. Uno con esta portada tuvo D. José Sancho Rayón, y para hoy, según creo, en la biblioteca de la *Hispanic Society*, de Nueva York. También uno de los dos ejemplares que posee nuestra Biblioteca Nacional, y nos ha servido para la presente reimpresión, pertenece á esta clase.

En el que describen los adicionadores de Gallardo (*Ensayo*, IV, núm. 3856) estaba manuscrito, al final, de letra antigua, el siguiente soneto, que sólo á título de curiosidad bibliográfica reproducimos:

Hermanos, Floriano i Belisea,  
Grandes burros os hizo la natura,  
Al vno en no goçar la coniuntura  
I al otro en dilatar lo que dessea.  
Ausente, la beata cacarea,  
Rabia, muere, apetece i se apresura,  
I quando amor le muestra su nentura  
Se engroña, se desdena i lo arrodea.  
Polites i Justina me contentan,  
Que á la segunda cuenta remataron,  
I de durables poco se atormentan;  
Estotros, matracones, no gustaron.  
A Lucendo por arbitro presentan:  
Dios sabe si despues se concertaron.

De la *Florinea* habla breve pero atinadamente Ticknor, que también la poseía (tomo I de la traducción castellana, pág. 220). Antes de él había fijado su atención en esta pieza el malogrado

una prolijidad insoportable. Nada menos que cuarenta y tres actos ó escenas larguísimas tiene, y todavía promete una segunda parte, que afortunadamente no llegó á escribir ó á publicar.

Las bodas del buen Floriano esperando  
Para otro año de más vacacion,  
Adonde la historia tendrá conclusion,  
A Dios dando gracias, allá nos llegando.

De la primitiva *Celestina* aprovechó menos que otros, salvo los datos capitales de la fábula y algunos rasgos en el carácter de la alcahueta Marcelia (1). Todo lo demás procede ó de la *Comedia Thebayda* ó de la *Segunda Celestina* de Feliciano de Silva, aunque sin la brutalidad de la primera ni el interés novelesco de la segunda. El don Berintho, duque de Thebas, se encuentra puntualmente reproducido en el caballero Floriano, duque también y poderoso señor de vasallos, venido de lejanas tierras, que tiene á su servicio «catorce mozos de espuelas y quince escuderos, y otros tres» tantos continos y otros tres tantos oficiales y una chusma de pajes (2), personaje, como se ve, de más categoría que Calisto. Enamorado románticamente de la doncella Belisea por la fama de su hermosura y por un retrato que en secreto mandó sacar de ella, cae en una extraña pasión de ánimo, busca en la soledad y en la música alivio á sus melancolías, y retraído continuamente en su aposento, cierra los oídos á las advertencias y consejos de su viejo criado Lydorio, que es el personaje predicador de la pieza, como el insoportable Menedemo de la *Thebayda*, puesto que sería demasiado favor compararle con el sabio y prudente Eubulo de la *Tragicomedia de Lisandro*. Floriano tiene á sueldo, por de contado, varios rufianes de lengua soez, manos cortas y pies de liebre, entre los cuales sobresalen dos, llamados Felisino y Fulminato, copias serviles de Galterio y Pandulfo, sin más originalidad que algunos juramentos y bravatas nuevas (3). Manceba de Fortunato es cierta viuda depravada é hipó-

erudito sevillano D. Juan Colom y Colom en sus *Noticias del teatro español anterior á Lope de Vega* (*Semanario Pintoresco Español*, Madrid, segunda serie, tomo II, año 1840, pp. 163-166).

En el inventario de los libros que á su fallecimiento dejó en su tienda Juan de Timóneda (Valencia, 26 de octubre de 1583) figura la siguiente partida:

«Item cinquanta comedies intitúlades *Floranteas* a cinch plech tenen una ma».

(Vid. Serrano Morales, *La Imprenta en Valencia*, 1899, pág. 553.)

Estas *Floranteas*, que sólo tenían cinco pliegos, no pueden confundirse en modo alguno con la *Florinea*, que es muy voluminosa. Trátase, pues, de otra comedia desconocida hasta ahora.

(1) A veces, sin embargo, cae en el plagio literal, por ejemplo (escena quinta), cuando Lydorio habla mal de las mujeres, repitiendo los mismos conceptos y ejemplos de Semprónio: «Y porque no me digas que hablo de coro y que las infamo por mi cabeza, no acotando qué digan los que las conocieron y qué vieron de ellas los que las trataron, mira en lo primero al sabio Salomón, que tanto las amó y tanto daño le vino por ellas, lo que de ellas dize en sus escrituras, quando se le offresce hablar de mugeres. Lee al Mantuanó en una egloga, mira al Pétarcha, escucha al Ouidio y atiende al Juuenal, e finalmente quantos sabios Gentiles, Judios, Christianos, Moros, Paganos, offreciendoseles en sus escritos materia en que hablar de mugeres, afanan y se desvelan en como avisar á los leyentes que se guarden en sus conuersaciones» (pág. 175).

(2) Pág. 306 de la presente edición.

(3) En todos ellos, lo mismo que en los de la *Policiana*, se nota menos irreverencia que en las *Celestinas* más antiguas, ó está velada con eufemismos, porque los tiempos eran otros y la censura comenzaba á mostrarse más rigurosa. Véase alguna muestra de los disparatados fieros y bravatas de